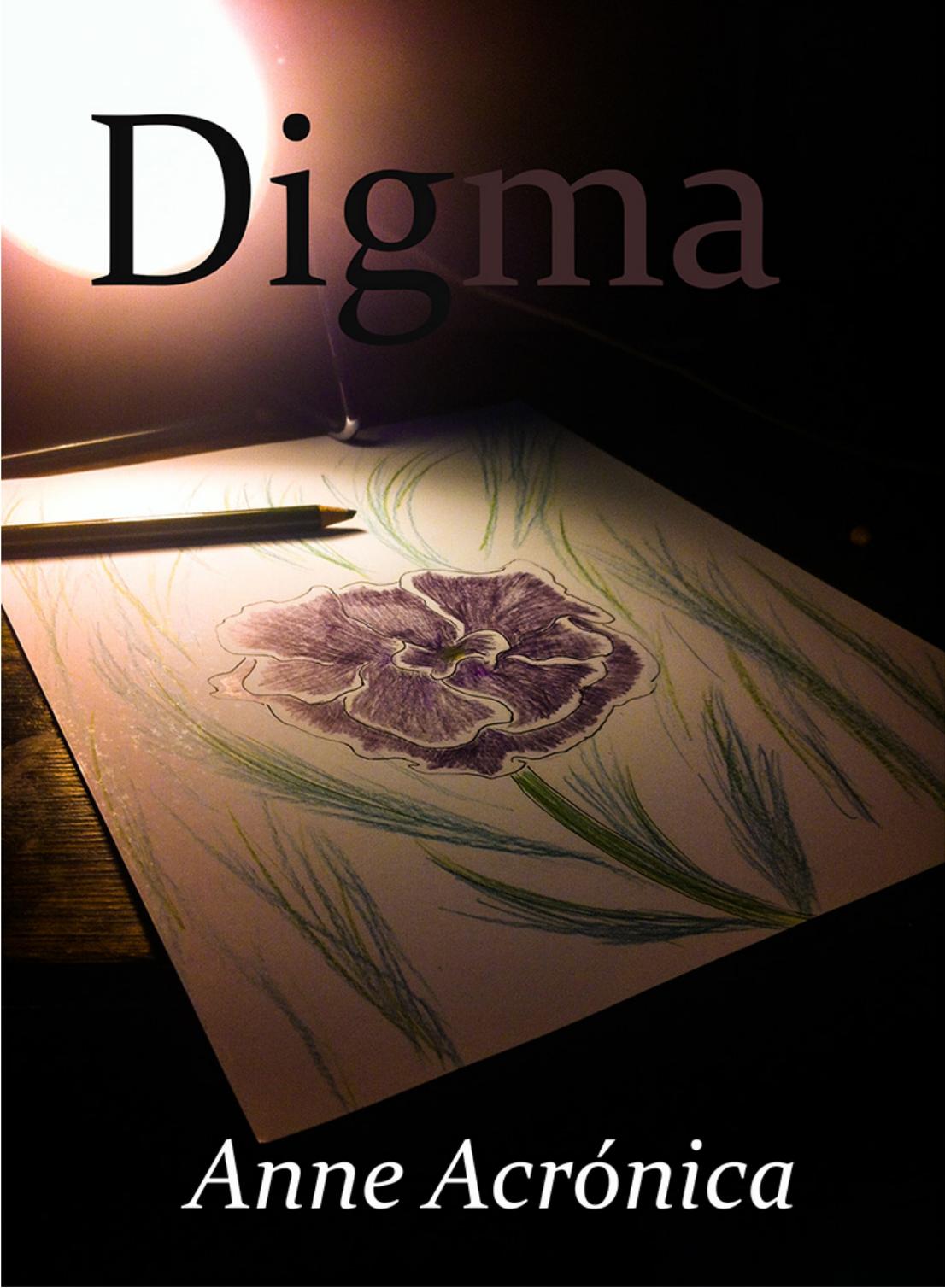


Digma

Anne Acrónica



Digma

Anne Acrónica

Capítulo 1

Digma

Anne Acrónica

Capítulo 2

Poesía es la unión de dos palabras que uno nunca supuso que pudieran juntarse, y que forman algo así como un misterio.

Federico García Lorca

Capítulo 3

Embestida de tormentas

Sucedió que muy adentro de la Tierra existía un mundo aparte. Estaba lleno de criaturas viejas y mujeres elegantes. En su centro, un corazón de rosas caminaba despacio, de cerca lo seguían los poemas que se cantaban por lo bajo. Su sonido confundía, pues sonaba una canción, y lo que nadie entendía es que era lenta como un caracol.

Violent delights! declaró Andrié, zapateando en el polvo por ser la única triunfante. Sus risos negros la caracterizaban y sus ojos profundos siempre la delataban.

Es cierto, es cierto, ahí va el estribillo. Groit parecía, en cambio, desubicado. Muchas veces comprendía lo que hacían, pero otras solo caminaba un poco atontado.

Ayeh era el único serio. A él no le importaba qué canción era cuál, ni para qué le servía, él quería comprender de dónde provenía. Sentado en el suelo arenoso de un camino que parecía eterno, reflexionaba sobre el mundo al que habían llegado sin saber cómo lo habían hecho. Eran tres amigos que se acababan de conocer, ¿qué tenían en común? ninguna idea, tal vez.

Probablemente venga de ese extraño cielo. Ayeh no estaba seguro de llamarle cielo a lo que estaba viendo, pues era solo un vacío oscuro sin ninguna estrella que lo hiciera ver más bello.

Silenciosos decidieron que debían continuar, aunque no vieran un destino, sabían que de pronto algo iban a encontrar. Lo que aún no sospechaban era que del cielo algo caía, un viento negro y danzarín que después los rodearía.

Cuando al fin lo notaron cerca, era muy tarde para escapar, el viento era tan fuerte, que no recordaban cómo gritar. Sin disminuir su velocidad, la cortina negra los rodeó, se movía como un huracán que en círculo los levantó. *¿A dónde van los chicos?* el desierto preguntó siguiendo el ritmo de la canción, *es un mundo peligroso*, y los vio desaparecer llevándose consigo su preocupación.

Capítulo 4

Peinetas desoladas

Nueve gigantes danzaban en la tierra, vestían con mandiles negros, su uniforme de guerra. Con sus movimientos entrenaban golpes y defensas, que un día usarían en un río viejo que desanuda lágrimas tensas. Sobre ellos, como una nube inerte, una peineta de oro los identificaba como sus sirvientes. Era la marca de una reina, Sariana de otro mundo, quien dejaba aquí los predios de un recuerdo iracundo.

Andrie, Ayeh y Groit con miedo se balanceaban, sobre la peineta de oro que de sus astillas los colgaba. Ellos no podían escapar de su destino, a la boca de un gigante caerían cohibidos.

¿Por qué abres tu boca? ¡No abras tu boca! Groit era el primero a punto de caer, de la punta de tus dedos ya no se lograba sostener. Andrie era la más ágil, de sus piernas se sostuvo, *¡solo balancéense y agárrense de lo que puedan!* y Ayeh se sentía parte de un momento un poco inculto.

¡No, no, no, no, no! Ayeh lo notó primero, un líquido brotaba de la piel de la peineta. Los tres juntos cayeron a la boca de un gigante, que más grande se hacía mientras ellos gritaban por un escape.

Sin embargo, confundidos, ninguno se esperaba, que una bruma pálida y espesa de pronto los rodeara. Su color asalmonado y su clima cálido los abrazó, hacia abajo ellos caían muy despacio y en control. *No me esperaba que el estómago de un gigante fuera tan... ¿cómodo?* Groit recostado en la niebla a soñar despierto comenzó, Andrie relajada por tocar su armónica se decidió. Colgaba de su cuello, *esta es Scoosy*, anunció; pero Ayeh, aún desconfiando, ni una palabra pronunció, y su pánico se hizo evidente cuando en un cuarto de concreto cayeron con dolor.

Muy bien, yo no abriría esa puerta. Lo que Ayeh prohibía era un portón de madera que enorme se alzaba al final de un pasillo.

Yo sí la abriría. Groit irreflexivo comenzó a andar, sin miedo a lo que pudiera encontrarse detrás. Ayeh vio a Andrie esperando un poco de ayuda, *¿aquí qué más vamos a hacer?* pero ella ya estaba lista para forjar la cerradura.

No tienen idea del mundo en el que están y lo primero que hacen es abrir todas las puertas. ¿Qué no han puesto atención a todo lo que nos ha pasado en tan poco tiempo? Esa puerta parece la de un rey asesino que

nos va a devorar vivos por interrumpir su siesta.

Lo primero que percibieron fue un desagradable olor, intentaba ser de rosas, pero el de la sangre dominó. Era un mar rojo de pétalos brillantes, que pronto comenzó a moverse dejando ver otro gigante. Su rostro se cubría con un cabello largo y desgasto y su piel se removía con un aullido desgarrado.

Qué les dije.

Capítulo 5

En una rosaleda

Deegor Hamen Oseltruss, era el nombre del gigante. Usaba a sus rosas de vestido, criaturas que lo herían aberrantes. Se movía despacio, nadie lo apresuraba, y murmuraba para sí canciones que luego olvidaba. Se acercó a los chicos, no para herirlos ni asustarlos, aunque ellos en mordiscos se arrepentían de haber abierto la puerta para inquietarlo.

No deberían de asustarse. Les dijo sonriendo con simpleza. *O no podrán conocer el lugar donde se encuentran.* Se hundió un poco en el mar, resonando de tallos a su piel destruida.

¿Quién eres? Ayeh quiso resolver, sentándose a la orilla del concreto adolecer.

Soy eterno. Respondió Deegor, y tomó una rosa que danzaba al derredor. *Y ella también. ¿Se han preguntado si ustedes lo son?*

¡Yo sí! Andrie, de pronto, se llenó de asombro. Era algo que hace tiempo la seguía, le colgaba del hombro. *Desde que nos encontramos los tres, he estado buscando en mis memorias si alguna vez nací. Pero solo recuerdo estar aquí. ¿Es eso la eternidad?*

No, Andrie. Creo que a lo que él se refiere es a no morir nunca, ¿no es así, Deegor? Y Ayeh se cuestionó, entonces, ¿cómo conocía el nombre del gigante? Dejó a la duda esparcirse por todo su semblante.

Los dos se equivocan.

¿Por qué lo dices Groit? Deegor se sintió fascinado, al ver que Ayeh y Andrie le reprochaban indignados.

Es algo más que eso... es, no lo sé. ¿Aquí existe el tiempo? Es decir, la canción ¿es Violent Delights, cierto? Todos asintieron. *Bueno, si aquí existiera el tiempo, la canción ya hubiera terminado, aunque eso ha pasado varias veces desde que llegamos. Me refiero a que, bueno, si hubiera tiempo, ¿por qué la canción aún no termina?*

Eternidad, la clave es cerrar los ojos. Y a entender a Deegor desistieron.

¿Qué, tenemos que cerrar los ojos dices? Ayeh inclinó hacia un lado su

cabeza, y arrugó su frente, quizá hasta con destreza.

Sí, y cerrarlos bien, que los pondré a imaginar. Los tres obedecieron para dejarse llevar y así disfrutar, seguramente por completo, de lo que Deegor llamaba eternidad. *Observen el vacío negro de sus ojos cerrados, por momentos tiene luz, por momentos se asoma alguna figura, pero el negro permanece. Quédense ahí, en ese negro. Respiren*

Respiraron

Abran los ojos.

Y se des-balancearon.

¿Ven a esas cabezas amarillas? Al principio les costó acoplar su vista, ya no había mar de rosas y Deegor se escuchaba lejos maniobrando como escapista. El lugar era negro, vacío como al cerrar los ojos y hacia el frente rodaban unas cabezas de cabellos pelirrojos. Sus orejas eran grandes y colgaban, arrastrándose en el suelo como si no importaran. *Deben seguirlas, no los escuchan, pues ellas son sordas, pero serán sus guías. Eso sí, no confíen en ellas.* Deegor se echó a reír, mientras el sonido se alejaba, ya estaba a punto de partir. *Aquí no confíen en nadie.*

Capítulo 6

El Rodete de Sariana

¿De qué les sirven esas grandes orejas si son sordas? Groit caminaba despacio por el suelo negro y viscoso, mientras imitaba con su cabello lacio su movimiento airoso. Se sentía bienvenido, pues él también llevaba los rizos rojos, y se acercó a las cabezas, tocándolas delicado como si quisiera arrancarles un piojo.

Pero ellas no eran tan amigables, alarmadas corrieron entregando miradas poco fiables. Andrie, Ayeh y Groit fueron detrás de ellas, supusieron que debían andar sobre sus huellas.

No debiste tocarlas. Dijo Andrie alterada. *Son sordas.*

Pero lo hice delicadamente.

Ayeh se estremecía mientras aclaraba: *Si no confían en nosotros y siguen corriendo, bueno... girando, perderemos una buena oportunidad para ser guiados. Debemos crear un plan para rebasarlas y tratar de hablar con ellas. ¿Uno de ustedes sabe lenguaje de señas?*

¡Pero si no tienen manos! Groit agitó las suyas para enfatizar, y Andrie irritada ya de nada quería hablar.

Las cabezas necias hasta un risco llegaron, se dejaron caer como si las hubieran llamado. Los chicos no tuvieron tiempo para detenerse y a su destino se enfrentaron con gritos que grandes pudieron verse. Aún en el aire, de las esferas amarillas surgió una explosión, un festín de peces causó la impresión. Ellos danzaban coordinados junto al viento, parecían nubes que desconocían del tiempo.

Andrie, Ayeh y Groit a su ritmo se acoplaron, pero siguieron cayendo porque eran muy pesados. Debajo de ellos se abría un extenso campo, era de verde silencio y de pálidos pastos. Cerca de donde caían se encontraba una casa y aunque aún no lo advertían se veía hecha de plata.

De frente se dieron sobre una montaña de hierba seca, amortiguó su caída, aún así no estuviera fresca. Por un momento se quejaron de los dolores de su infortuna y a los peces observaron pues sus danzas parecían canciones de cuna.

¿Por qué no somos ingravidos como ellos?

Porque ellos vuelan... ¿o son eternos?

Ayeh se levantó con dificultad del suelo. *Debemos continuar, entender qué está pasando.*

¿Y qué es lo que te preocupa? le dijo Andrie en tono de consuelo.

Esa casa. Señaló con un dedo tembloroso, Andrie y Groit abrieron fuertes sus ojos.

Ante ellos se extendía una inolvidable mansión, sus columnas eran piernas delgadas de gigantes, sus rejas eran pértigas diluidas como hampón. El suelo congelado contenía insectos en implantes, sus ventanas eran ganchos y anteojos de ancianos tiempos. Sus paredes cigarrillos y cerillas formaban una fina protección, y el techo era de libros con portadas de rabiosos elfos. Su puerta principal imitaba a la aureola de un cactus en acebo, y su manija un reloj de cocina que su tintineo en acabar se decidía.

Andrie, Ayeh y Groit, en fila se acercaron, uno detrás del otro sus rostros ocultaron. Ayeh iba de frente, quería demostrar, que si alguien los defiende, el era su héroe de verdad.

El Rodete de Sariana. Leyó de su placa metálica, que sobre el marco de la puerta se escribía en letra itálica.

¡Tín! La manija llegó a cero, -track, plick-, la puerta se abrió tras un viento que salía como un polvero.

¿Vamos a entrar?

Capítulo 7

Extranjeros-Parte 1: inconscientes

Andrie, Ayeh y Groit aún no se decidían, *¿entrar o seguir con nuestro camino?* inundado de escalofríos el pelirrojo se sentía. La puerta entreabierta era como un acertijo que dormía, guardando detrás de ella ensueños que como el viento fluirían.

Vamos Ayeh, entra tú, eres el más grande. Andrie no pudo disimular, que lejos de ahí se quería encontrar.

¿Cuántos años tienes?

Diez y siete.

Muy bien, si algo sale mal, es culpa del tiempo. Se inclinó para levantar la punta de su pie, y cuando estuvo a por abrir la puerta, un niño pequeño se asomó en el dintel.

¡No la patees! Corrió hasta posarse frente a la puerta, lo observó un tanto desconfiado y en alerta. Y aunque su mirada era intensa, Ayeh no podía verla, pues llevaba una gorra del color de las perlas.

Em, lo siento, yo. No quería hacerlo, es que, bueno, la puerta es un cactus, y... el niño se acercó y tocó la flor que llevaba en el bolsillo. *Oye, no, no toques eso.* Una gloxínea violeta usaba como anillo. Examinó a los demás como oliendo algo en ellos, dudas quizás o caminos de enredos.

Está bien. Erguido se detuvo. *Pueden pasar.* Y hacia adentro los condujo.

Dentro corrían ríos pequeños, había cuevas, cimientos y árboles frescos. Era una casa formada de un bosque secreto, con oficinas de invierno y baños de montes secos. En la sala se sentaron sobre cojines de aire fresco, y sus miradas se enterraron en la arena de un desierto.

¿Qué se han estado preguntando? Leck Tatór de un río saco el té, que preparó para que bebieran y saciaran su sed. Tenía un sabor a siluetas y agradables sonidos, lo bebieron demostrando sus gracias con cumplidos incluidos.

¿Y bueno?

Andrie, Ayeh y Groit la aprensión se intercambiaron. ¿Quién respondería? Despacio el miedo abandonaron.

Queremos saber qué es la eternidad. Andrie soltó dejando su taza junto a un laurel, y se levantó para contemplar de cerca un insecto de miel.

¿Quieren que les explique lo que es la eternidad? Ustedes no deberían de estar pensando en esas cosas, ¿saben si quiera dónde están? Leck aturcido al segundo nivel se dirigió. *¡Vengan conmigo!*

Juntos se acercaron a una escalera de hormigas, despacio la subieron esperando no caer de rodillas. El piso al que llegaron era una fantasía, juguetes de todos los tiempos rodaban en la celosía. Caballos de madera, barcos piratas, muñecos y candelas, e hilos de ratas. Leck caminó hacia un baúl que saltaba, por un corredor que de espuma se inundaba. De ahí sacó un álbum viejo, de fotografías gastadas que guardaban secretos. *¡Acérquense!* Andrie, Ayeh y Groit hipnotizados obedecieron, y a Leck jugando con un niño en las imágenes percibieron.

¿Lo ven? Él es su concibiente.

¿Convincente? Groit no lo entendía pues en su mundo no existía, palabra tan extraña que conjugaba un verbo con esa maña.

Con-ci-bien-te. Ninguno de los tres demostró alguna sorpresa, y arrugaron sus rostros intentando caer en la cuenta.

¿No saben qué es eso, cierto? Leck desistió, y en guardar el álbum en el baúl saltarín se empeñó.

No lo sé, aquí hay mucho ruido, ¿podríamos conversar esto afuera? Ayeh estaba por salir, cuando un carrusel lo tomó de su vestir. Había surgido desde alguna parte del suelo y ahora ellos montaban los caballos y las tazas del juego.

¡No puedes salir si no lo comprendes aún! Leck gritó desde un rinoceronte. *¡Rot, recuerden su nombre! ¡Él es su concibiente!*

¿Pero a qué te refieres con eso? Andrie daba vueltas sobre un bisonte.

¡A que él los imaginó, y ahora son ideas, ideas de su mente!

¿Estamos en la mente de alguien? Groit se sostenía de un tubo de una

orilla.

¡En la mente de Rot, y si intentan cambiar algo, todo puede salir mal!

¿Qué puede pasar? Ayeh fuerte se agarraba de una chivilla.

¡Pueden ser borrados!

Capítulo 8

Extranjeros-Parte 2: Armónicas

Saliendo del Rodete de Sariana se encontraron a una bola de cabellos enmarañados, era exuberante como una montaña de algodones, y tenía por delante a una hilera de faroles. Andrie, Ayeh y Groit inquietos observaron, que la bola de cabellos bajo la tierra se había enterrado.

¿Era una aparición? Groit escalofríos masticó, y dio uso de su equilibrio cuando el suelo sin avisarles retumbó. Un hombre de risos negros estalló como un volcán, con movimientos de su mástil frente a Groit logró parar. *Mi nombre es Dyan, una leyenda más que una aparición.*

Extendió sus brazos enmarcados de rasguños.

Bienvenidos a ustedes a Gondrade. Esta gran pradera de cielos peces se siente agradecida con sus nuevas ideas. Me enviaron los rumores de que son tres y quise aprovechar para contarles una historia. ¿Quieren saber cómo han llegado aquí?

Y suspiró Ayeh, nervioso cerrando el puño.

Nos... pensaron...

¡Pero es mucho más que eso! ¿Qué no hay en sus mentes recuerdos? ¿A caso aún no encuentran aquel momento?

Dyan posó sobre sus ojos la punta de su asta, y cayendo somnolientos los chicos como a brumas de cineastas, se adentraron en una calle donde ya atardecía y se encontraron frente a un gato que casi muerto adolecía.

¿Ya recuerdas Andrie? Era su historia la que se transmitía.

Cómo llegué a Scoosy. Y asombrada tomó la armónica que en su cuello se mecía.

Pero hay más. La voz de Dyan se tornó sombría. Había un niño que daba una pequeña despedida, tocaba con su armónica una canción para que el gato no sufriera tanto su partida. Y ese niño que tan inocente parecía, hizo de las vísceras del gato, un lienzo, y con su canción macabra a todos cortó el aliento. *A ti eso Andrie te pareció fascinante, y buscaste una razón para ser su fiel acompañante.*

Yo no lo recuerdo de esa forma, ni siquiera volví a ver al niño.

¿Cómo dices eso? Mentirosa, ya te han dicho que no intentes cambiar ninguna cosa. Esa es tu historia, eres una idea siniestra, que a nadie engañen tus palabras dulces y que ya no puedas moverte aunque lo pidas a las luces.

Andrie se vio rodeada de alambres e hilos gruesos, la atenían contra el suelo de Gondrade y su voz se escapaba por un hueco. La risa de Dyan era un triunfo desorbitante. *¡Estoy salvando a nuestra tierra!* Exclamaba mientras a Groit y Ayeh a un nuevo sueño los guiaba por delante.

Capítulo 9

Extranjeros- Parte 3: gatillos

Era un jardín sediento de limpieza, las hojas secas trazaban caminos que llevaban años sin recorrerse. Ahí permanecía Groit moviendo su cabeza, mientras tocaban una guitarra de la que no podía esconderse. Sus tensas cuerdas enredaban a sus dedos, como un ejercicio intenso que hace años realizaban los guerreros. Recorría cada nota con rapidez y firmeza, cuando una voz entre susurros le habló desde la maleza.

No te distraigas.

Dyan había dejado en Groit una misión, entrar a su casa en búsqueda de una ilusión.

¿Cómo es una ilusión?

No lo sabrás, no podrás distinguirla de las no ilusiones.

No entiendo qué quieres que haga.

¡Busca!

Ahora recorría un pasillo alumbrado por una vela en el suelo, las sombras como castillos, se movían danzando ensueños. Groit arrastraba su guitarra perdido entre lo opaco, escuchando que detrás de una puerta cerrada, sus padres gritaban sin trabajo. Era una pelea cotidiana, de las que él solía espiar, cuidando entre sus manos a una llama, que su padre no se desquitara de más.

¿Recuerdas lo que hiciste en aquel momento? La voz de Dyan anunciaba un retroceso y en las manos de Groit se presentó un lamento. *Amenazaste a tu padre, pero él te la quitó de las manos.* Un arma de fuego, como el fin de aquel encuentro. *Y huiste para siempre, temeroso de lo que sucediera.* ¿Qué habrá sucedido tras aquel intento?

¿Y ahora qué esperas? Groit respiraba entrecortado, mientras dentro de un cañón se mantenía aprisionado. *¿Regresar y encontrar una feliz*

pareja? Sabes que ya no hay nadie en casa. ¿Por qué regresas?

Pero Groit y sus ojos brillantes, ya no quisieron responder, y cerrándose ante aquella imagen, cedió a la ilusión su poder.

Capítulo 10

Extranjeros ☐Última Parte: espina

Era un joven con una chaqueta oscura, su cabello negro y liso, era de un largo que evitaba detallar su ternura. Guardaba siempre poemas en sus bolsillos, dormía en bibliotecas y de las flores de su madre se dibujaba rosillos. A Iara la conoció tendido de un árbol, y por muchos años ella enunció que nunca podría olvidarlo.

Aquel día en que Iara murió, Ayeh le había regalado una gloxínea, violeta como su amor, delicada se volvía una insignia. Él le entregaba flores cada semana, como una tradición para llamarla siempre su guardiana. Desde aquel tiempo, él ya no pudo evitarlo, llevó una en su bolsillo, para no olvidar que a su recuerdo debía tatuarlo.

No Dyan, ya no hables de ella. ¿Qué esperas hacer?

El mundo reconocía que Iara se había tropezado, contra el concreto de una calle que tenía el suelo arrugado.

Llevaba tu flor Ayeh.

Siempre llevaba mi flor.

Pero ese día le habías dado algo más.

No digas esas cosas, era una simple flor, muy, muy hermosa.

Le pusiste algo a la flor, la volviste venenosa. Sabías que tropezaría en el camino, mientras patinaba talentosa.

iNo le puse nada! Era una simple flor, ella se tropezó... Ayeh ya no pudo soportar el sentimiento, de que quizá sí había cometido aquel intolerable pensamiento. Dyan no necesitó retenerlo con amenazas, pues él mismo se culpó y en silencio se hundió en una quebraza.

Capítulo 11

Deleites violentos

¿Qué haremos si son cuentos los que se presentan aquí? De esos que detrás de su historia guardan un secreto oscuro que todos conocen. Ustedes, ideas siniestras, ideas macabras, ideas egoístas que vinieron de ningún mundo. Ustedes que buscan destruir la muerte de un silencioso caballero, alterar su corriente como si no fuera nada. ¿Tienen idea de lo que...

Dyan en pausa contuvo sus palabras, en sus ojos un espanto se hizo presente. Se alejó unos pasos de sus prisioneros de escalabras, y huyendo del lugar intentó no dañar su suerte.

Andrie, Ayeh y Groit respiraban atrapados al momento, no entendían qué pasaba, no pensaban siquiera que tuvieran que hacerlo. Una mujer blanquecina, de ojos rojos y cabellos pequeños caminó hacia ellos. Llevaba un vestido más largo que su cuerpo, que con sus telas dibujaba vientos. Sin tocarlos con sus manos, casi sin mover sus dedos, liberó a los chicos de sus trampas mientras respiraban aire fresco. No pudieron verla cuando en el aire se elevaron, pues el odio de su rostro era un escudo del que se abreviaron.

iSariana! Estos son tuyos. Su voz no era dulce, ni era fuerte, era la sombra de un susurro que en la noche anuncia la muerte. Andrie, Ayeh y Groit cayeron devastados a los pies de una mujer, caminaba como atada a la grama en florecer. Su cabello se caía cuando pálida recorría, con su mirada ausente a los tres jóvenes aterrados y silentes.

Llevamos un buen tiempo intentando atrapar a Dyan. Sariana recogió la armónica de Andrie, y en sus manos la entregó sabiendo que no valía más para nadie. *Miente diciendo que es el juez de este mundo, pero solo inventa pretextos para jugar con lo que ve. Recuérdense como siempre lo han hecho y olviden todo lo que él ha pretendido alterar en sus memorias. ¿Sabían realmente lo que pasa a quien intenta cambiar las cosas? No es borrado, ese medio ya es muy viejo.*

¿Qué pasa entonces? todos dicen algo diferente. Groit cabizbajo, tomaba a la grama entre sus dedos.

Porque les gusta jugar. Pero ya no escuches, ahora aprende. ¿Han notado lo verde de esta pradera? Ella nunca, nunca se seca, porque debajo de la

tierra se encuentran las lombrices. Sin ojos, sin cara, sin manos, ellas guardan el rocío en el tallo de un girasol del tamaño de un árbol, y en las mañanas, cuando nadie ve, salen veloces por sus pétalos y viajan lejos, cerca, adentro. Viajan pintando de vida a lo que ustedes pisan. En ellas se convierten los que intenten cambiar algo. En eternas esclavas de la vida de esta mente.

¿Qué fue lo que hiciste tú? Ayeh se cuestionó la andadura marioneta de Sariana, y observando descubrió que caminaba así no por anciana, sino por las lombrices que hacían de sus piernas, aferradas, como una acción materna.

Sariana rió intentando encubrir un sollozo. Yo amé a Rot para siempre, pero él nunca me amó a mí. Intenté cambiar lo que él sentía, intenté ser quien lo salvaría. Ahora soy quien condena y quien transforma a todo aquel que como yo, es egoísta y no permite que esta mente sea libre. Es mi castigo castigar.

Capítulo 12

Extractos

Andrie, Ayeh y Groit caminaban relucientes por el camino de un ala de mariposa que entre rosas y tallos verdes se abría hecha de lino. Esperaban que no hubiera más que temer, ni encontrarse con más seres péfidos que de sus visiones los hacían correr.

¿Violent Delights es la canción permanente? Groit quería entender, en realidad, si la canción llegaría a su final para barrer.

Es la canción que acompaña la vida de nuestro concibiente. ¿Quién no quiere una canción para su vida? Andrie dio unos pequeños saltos mientras emocionada, pensaba en un juicio por lo alto. *¿Y si tenemos una canción, pero no lo sabemos?*

No podemos tener canciones si somos ideas. ¿O podemos tener pedazos de canciones?

¿No les parece triste? Andrie y Groit arrugaron sus miradas, Ayeh siempre parecía estar en ilusiones apartadas.

¿Qué cosa?

Que esta sea su canción: It's a lonely heart lost in a rosebed. Con un tono muy bajo, cantó de la canción un extracto. *¿No les parece triste? Nuestro concibiente es un hombre muy solo.*

Si le hubiera hecho caso a Sariana... Groit y Andrie rieron apenados.

¡Oye! No hables de temas sensibles en una mente sensible. Andrie empujó a Groit tocando su hombro ya abrumado.

¿Y si somos lo único que él tiene? Ideas que juegan con su mente. Ideas que se creen otros mundos.

It's a lonely heart lost in a rosebed,

looking always behind.

Capítulo 13

Arbolvador

Sin poner mucha atención a su camino, Andrie, Ayeh y Groit se encontraron con un viejo vecino. Deegor, el gigante de las rosas, los atrapó en sus manos mientras se movían entre las comas de una prosa. Les preguntó qué les sucedía, pues vio entre sus ojos que una tristeza se fundía.

Seguimos sin entender cómo llegamos a este lugar. Deegor, ¿cómo nos volvimos una simple idea? Andrie a su armónica decidió soplar, para a una melodía de sus silencios revelar.

¿Por qué eso les entristece? Una idea es algo bello, una idea es la vida de los sueños. ¿Han visto a los aviones flotando bajo las estrellas? Ellos al inicio eran simples ideas, quizá al destino de ustedes aún le falten muchas letras.

¿Eso crees? ¿A dónde nos estás llevando? Groit se alarmó por la forma en que Deegor los transportaba, hacia a una cama de algodón que debajo tenía delgadas y negras patas.

Este es mi amigo surjo, vean sus ojos violetas. Él los va a guiar entre las Goubas, para llevarlos con un amigo que crea. Es un artista, un bailarín del viento, quizá les enseñe lo que se puede hacer con un poco de aliento.

Andrie, Ayeh y Groit al cabello del surjo se arraigaron, y del mar de rosas de pronto se alejaron. Su camino se hizo blanco, eran millones de criaturas que caminaban sobre sancos. Los surjos, con sus ojos de colores tornasol, les dieron la bienvenida, y con sus pelajes suaves, los conmovieron sin control.

De pronto, unos árboles lilas, violetas, naranjas y grandes, se abrieron a su camino con sus siluetas de adarce. Eran las Goubas, gloriosas y potentes, con sus hojas nudosas se perdían en la tarde floreciente. De ellas surgían melodías que se inmiscuían entre sus huesos y se arraigaban a sus astillas.

Andrie, Ayeh y Groit, no encontraron cómo moverse, pues lo que

cantaban aquellos árboles eran poesías de las que advierten.

No sabrán nunca si en un lago se han perdido,

caminos pequeños de un niño sin amor.

Ustedes se preguntan si una idea es el infierno,

ustedes se lloran si una palabra no los salvó.

Cállense y alcen sus frentes,

o nunca sabrán interpretar,

lo que en su camino se dicta silente

y a los ojos de un tren se detiene a meditar.

Capítulo 14

Cuervos de la aurora

Cruzar el mar de Goubas fue para ellos el quedarse con un olor a caoba. Ellas se alzaron firmes y los dejaron pasar advirtiéndolo, mientras los surjos con su cabello de algodón escucharon las historias en las que se iban perdiendo. Llegaron pronto a un inmenso camino de nieve, en el que fueron dejados a sus decisiones y su suerte.

Las Goubas, de lejos, aún cantaban su canción, que era un presentimiento de una aurora que de alguien sería confesión.

*A veces existen versos,
callados, repletos
que en el cielo se abren eternos
y en los ojos se cierran nefastos.
Son los cuervos de Judea,
los que vienen marchando,
y si los dejas escribirse,
a una muerte se alzarán tristes.*

Andrie, Ayeh y Groit, observaron acobardados, que cinco cuervos se acercaban a la orilla de un acantilado. Ellos decidieron seguirlos, para entender lo que apreciaban, y cuando acercaron sus oídos, una bella imagen les cantó vanagloriada.

Había alguien, quizá una princesa, que entre la nieve desfallecida se vestía de perlas. Su cabello oscuro caía inmenso por una laguna, y todo su cuerpo renacía mientras el agua pasaba realzando su color aceituna. Ella no despertó al verlos de cerca, ella no descubrió sus ojos que parecían tuercas.

¿Está muerta? Andrie se preocupó, y buscando la ayuda de alguien, sus pies en la nieve enterró.

Capítulo 15

Leonora Boreal

A lo lejos escucharon la voz de un gran cantante, con su guitarra movía los pasos de cinco cuervos y una tortuga gigante. Tenía un vestuario colorido, lleno de parches y trapos. *Para ser como un pájaro.* Su cabello era negro, largo, alborotado y del color de los sapos. *Para ser libre.* Sus ojos eran juguetones y cubiertos por anteojos azules, que él no necesitaba. *Para ver más allá del alma.* Nunca recibía la luz del sol que entre los aires se filtraba. *Me gusta que piensen que soy un vampiro.* Y mantenía siempre sus pies descalzos, como si en aquel mundo mendigara. *Para no tener miedo, al suelo se le ama, y con miedo no hay amor.*

iBuenas noches, angelitos! He aquí ante ustedes, un lunático polifónico que se les presenta como Londo Zage. Ya los cuervitos me han contado su desdicha, súbanse a Tarlavé mi tortuga y les contaré la historia de lo que los abruma.

Andrie, Ayeh y Groit se asomaron para entender que no había nada que temer. Tarlavé era una tortuga rápida, con aros de colores que lograron en su caparazón emerger. Con dificultad la montaron y se dejaron llevar por lo que Londo les tenía preparado. Rodearon el acantilado, y por un tramo que no habían visto antes, bajaron muy cerca de la mujer destellante.

Bien, aquí nos bajamos, les contaré la historia de Leonora. Se acercaron a la joven y la rodearon. Sus ojos estaban cerrados y su cuerpo descansaba en el frío congelado. Andrie, Ayeh y Groit atónitos de muy cerca la observaron.

Londo se apartó y sobre una pequeña montaña de nieve comenzó a narrar:

Leonora era una doncella, arriesgada y aventurera. Buscaba inspirarse y escribir poemas para conmover hasta los más fuertes corazones. Entre tantas aventuras, una enfermedad debilitó sus pulmones. Perdida entre montañas nevadas, dentro de una pequeña carpa solitaria concluyó:

Morir aquí, abandonada en una carpa rota, morir aquí no es digno de mí.

Andrie con su armónica cereza dejó escapar una nota de sorpresa.

No se dejó llevar por los síntomas finales y con gran dificultad, salió de la carpa para encontrarse con una noche tranquila, fría, blanca, y un camino que la llevaba al final de un risco.

El cuerpo de Leonora temblaba, parecía un edificio viejo a punto de caer; pero la fuerza de su espíritu era superior a toda la fuerza que su cuerpo tuvo siempre. Llegó al final del risco y la vio, la aurora boreal la saludaba con alegría; las estrellas eran más grandes y brillantes sobre un fondo púrpura que esperaba por amanecer. Las lágrimas de Leonora eran de asombro, nunca se sintió tan parte del universo como en ese momento.

Permaneció inerte, con su mirada atravesando lo que veía, y supo qué hacer; aunque hubiera demasiado frío, se desnudó, tiró su ropa al abismo que veía hacia abajo, era libre. La aurora se acercaba con ternura, cantándole una canción, la que el universo tenía preparada solamente para ella. Leonora cerró sus ojos, descansaba en la ternura y el calor de la aurora.

Al momento de abrir sus ojos, vio al mundo desde arriba, su mirada podía llegar a cualquier lugar, seguro los visitó a ustedes en la noche. Incluso vio su cuerpo desnudo recostado sobre la nieve, pálido, y sin alma; Leonora lo dejó para regresar a sus raíces; para ser una estrella ante la noche oscura, una poeta.

Capítulo 16

Iara

El busto de Palas Atenea florecía del cuerpo de Leonora. Los cuervos lo custodiaban esperando otro mandato de su creadora. Ayeh permanecía observando su medallón y su forma, que reluciente decaía en los pasos de su norma. Andrie intentaba seguir a Violent Delights con su instrumento rectangular, pero de antemano sabía que sería imposible entre sus tempos a la música cuadrar. Groit aprendía, junto a Londo, el idioma de los cuervos, y descalzo con sus pies bailaba entre las sombras de un acuerdo.

Creí que esta gloxínea violeta algo haría en este lugar, algo cambiaría, pero aquí nada pasa, nada es real. Ella ya debió haber muerto hace tiempo, ya debí haber buscado otra flor. Esta sigue intacta. Ayeh tomó a la gloxínea entre sus manos, pero no encontró nada en ella, y la volvió a guardar en su bolsillo, sabiendo que todo era en vano. Fue entonces cuando supo lo que debía hacer. Nadie le ponía atención, nadie estaba atento a sus movimientos, cada uno ocupado en lo suyo, en la razón de sus lamentos.

Ayeh decidió tomar las riendas de la fantasía y a su amada llamar con un grito de cobardía. Iara, la única que habitaba en sus sueños, Iara, la que hacía que de su corazón él no fuera dueño. Gritó a los cinco, seis, siete vientos, gritó su nombre en dirección a todos los reinos. Quería verla, aunque sea por un segundo y saber que él aún era su mundo.

¿Qué estás haciendo? Londo comprendió que nada bueno sucedía, e intentó detener lo que Ayeh ya construía. Lo tiró al suelo cuando lo vio tocando los dedos de una mujer, que de un susurro llamaba el nombre de Ayeh. Su voz era en una laguna la sombra de un ciempiés, que dulce dibujaba los pétalos mugientes. Ella se desintegró formando entonces una nube sombría, que de un muro rodeaba a los cuervos que rugían.

¿Pero qué hiciste? Ayeh a Groit no quiso responder. Él muy agitado no lo dejó concentrarse en guardar en su memoria la voz y el tacto de Iara, que hace tiempo había olvidado en ninguna sonrisa que él ansiara.

La vi, la vi aunque sea en un extracto. Tumbado en el suelo, no hizo caso de lo que sucedía, todo se había vuelto gris, pequeño y entre las nubes algo se movía. Andrie lo agitó intentando despertarlo de su ensueño, pero fue muy tarde cuando abrió sus ojos entendiendo que ahora era un

anzuelo.

Una voz que recordaban de aterradores momentos, una voz que los paralizó con su rostro sin aliento. La voz de la mujer del vestido largo, la mujer de los ojos rojos y el silencio amargo.

¡Ya fue suficiente!

Capítulo 17

Preparación

Se sentían sumergidos en las fauces de un pavor que de rojo se pintaba tras sus pies y declamó, que no había para ellos un destino más que ser lombrices, y que al rey de los insectos debían exigir sus directrices. Para Londoza era un injusto movimiento, él solo vivía de revelar los cuentos. Andrie y Groit se mantuvieron firmes con el fallo, si debían ceder, la valentía era cuestión de juntar sus manos. Ayeh no podía ni verse a sí mismo, imaginando el terror de llevar a sus amigos a ese abismo.

Diez mil insectos negros, pequeños y exaltados rodearon con sus patas el miedo de los enjuiciados. Ellos se sintieron oídos, percibidos, observados y analizados, como si su vida fuera ahora un recuento de momentos que no habían sido delatados. Era el rey entonces el que los observaba, con sus veinte mil ojos que en sus manos se estacaban.

No tiene caso. Su voz era más suave que la de un colibrí tocando un árbol, y fue para ellos la extrañeza de sus palabras de arrebol. *Ustedes son un recuerdo, sí, pero un recuerdo que solo existe porque Rot volvió a escuchar esta canción.*

¿Violent delights? Andrie entonces detectó que había un cambio en el tempo y que la canción ya no acaba con un llanto suelto, la canción continuaba a un final absoluto que antes no existía en ese mundo de frescos solutos.

Sí, son un recuerdo que nace a partir de ella.

¿Y qué es lo que no tiene caso? Groit se sentía aliviado, quizá por un triunfo aún callado.

Castigarlos. Cuando la canción acabe, que será muy pronto, su presencia en este mundo puede ser permanente, o pueden no volver jamás.

¿Y yo qué tengo que ver? Londoza sabía que él sí permanecería, y quiso escapar de las rosas que de sus labios lo sostenían.

Puedes irte, no has hecho ningún mal.

Capítulo 18

Peces en las nubes

Andrie, Ayeh y Groit caminaron expectantes en un camino arenoso que parecía eterno, era el mismo camino por el que habían llegado, pero ahora en él reinaba el invierno. Era quizá el desierto despidiéndose de sus viejos visitantes, o es que no los quería dejar ir, y atraparlos en la nieve deseaba con sus copos palpitantes.

Es una bienvenida. Ayeh leyó las intenciones del desierto.

Pero si ya nos vamos. Y Groit, él pensó que quizá ya estaba muerto.

El desierto no lo sabe, cree que ya hemos vuelto de un viaje por su mundo.

¿Qué creen que nos pasará? Andrie contemplaba insomne cómo las últimas estrofas de aquel blues inmortal se avecinaban por las sombras de su juventud trivial.

...fishes running through clouds.

Es el último verso.

Ayeh decidió en ese momento, tomar a la gloxínea que habitaba en su bolsillo y dejarla caída en la nieve con su interno brillo. Si aquella flor nunca moría, ahí debía quedarse, y si también desaparecía, no habría razón para alarmarse. Caminaron un momento más, escuchando a la melodía acabar. Caminaron porque no sabían a dónde ir e intentaron no aparentar que querían huir.

Y fue entonces la nieve la que se apropió de sus huesos, los tomó con sus pieles como si a sus ojos quisiera dejarles un beso. El beso de la aurora, el beso de las rosas, el beso de quien llora por soltar a sus notas en prosa. ¿Qué sucederá con ellos entonces? *Se desvanecerán*, supo el desierto, *y a estas tierras jamás regresarán*. Percibió cómo por un frágil momento, el tiempo era el transporte de aquellos tres lamentos.

La melodía terminó abrazando a su último silencio, pero la gloxínea permaneció, quizá callada, quizá en ensueños, quizá sabiendo que pronto

caería en un mar de rosas que a las historias resguarda con la risa de un alma que debajo ya crujía.